

CONCEPTO DE LO URBANO Y LO RURAL

Abordar este tema implica reconocer la controversia que suscitan ambos términos, al grado de no ser excesivo afirmar que han sido planteados sistemas filosóficos completos en defensa de una u otra forma de existencia.

Pensadores de rango universal exaltan o denuestran a las ciudades; hay quienes, como Voltaire, glorifican la vida urbana, y otros que desprecian la ciudad y sus artificiales laberintos. Algunos hacen a la ciudad protagonista principal de sus novelas: Zola, Dos Passos, Dickens..., mientras otros le vuelven la espalda y la desprecian como entidad oscura que deforma al hombre. ¡Cuánto poeta condenó a lo urbano, cantando las virtudes de la vida quieta del campo, y cuántos han hecho sonar en sus ritmos —complaciendo “dadaístas”— al tráfigo ciudadano!

La concepción cierta y sistemática del problema hace orientar nuestra vista al desarrollo del fenómeno urbano en Europa, cuando se concentró la población en los burgos; cuando en la temprana Edad Media nace una nueva época al desglosarse

el imperio romano, edad que, como alude Dielthey, no se origina en la decadencia —afirmación de Gibbon— de Roma, sino en el resquebrajamiento de su conjunto monolítico, que conduce a la formación de nuevas localidades a las que los patricios regresaron para, junto con sus esclavos —ya más libres que ellos—, poder sobrevivir. Es el nuevo horizonte en el que se establece el pacto feudal entre vasallos y señores, relación que implica otra estructura cultural y política de la que derivan los burgos, proyectos incipientes de ciudad, distintos módulos de convivencia, que crecieron hasta las nuevas formas urbanas, resultantes de la producción capitalista. Finalmente, este agrupamiento de hombres lleva a nuevos modelos ciudadanos que van, en escala de matices, desde la metrópoli hasta la megalópolis (Doxiades), y de ésta a una aglomeración urbana universal en la que puede predominar la ciudad flotante de Paul Maymont, o la ciudad del espacio dinámico que pensó el genio de Nicolás Schöffer.

Cabe, pues, la pregunta: ¿en qué se contraponen lo urbano y lo rural?, ¿es lo rural definible por la mera radicación en un sitio determinado, con un fundamento racional?

Utilicemos los mitos para lograr un relieve de los rasgos del problema.

En el Mediterráneo la cultura da testimonio de la antigua lucha entre los dioses de la tierra y los dioses de la razón; en las islas y en las costas han quedado mosaicos y frisos, edificios y sagas, testimonios de la pugna entre Hera y Atenea, entre lo gnótico y lo luminoso.

De Sicilia a Creta y a los Dardanelos se extiende el campo de batalla que ha dejado huellas imborrables, pero la Acrópolis es testigo del triunfo de Atenea, y de la razón, que sublima y da forma a los misterios de la fertilidad, de la agricultura, de lo irracional; más nunca el triunfo es perfecto, pues Eleusis queda, con sus ritos, no obstante, a las puertas de Atenas.

La polis es la obra de arte más perfecta de Grecia, pero la historia la venció y el imperio de Alejandro, presagio del imperio romano, es una nueva pauta, otro marco de referencia, otra connotación de lo urbano.

De la identidad del hombre con la normatividad y con la asamblea viene un individualismo precario, por ello más doloroso, semilla de Occidente y encuentro, en las márgenes formales del derecho, de una nueva identidad.

Después, el medioevo es un gozne de centros de fuerza que van edificando particularidades, del núcleo feudal a las ciudades libres con los gremios y

sus fueros. La vida urbana se concentra en los burgos, pero las murallas dejan pasar fluidamente al agro.

La definición del esquema hace que el horizonte de autonomías desemboque en un nuevo afán centralizador, el *stato*, que surge en el auge del urbanismo “celular” y de la cultura.

Del Renacimiento a la sociedad de masas el tránsito es acelerado; la ilusión de un modelo humano fundado en la Ilustración y en el positivismo lleva a un callejón sin salida aparente, que viene a ser el exceso en cada uno de los puntos, que vuelve irracional lo urbano y agresivo lo que era natural o mítico.

La paradoja se establece a nivel universal y hace al célebre Geigger proponer como elemento básico para el análisis del conflicto de la sociedad actual no ya la pugna de clases, como la viera Marx desde la otra vertiente del siglo XIX, sino la lucha entre lo urbano y lo rural, modelo de pensamiento un tanto anacrónico que sólo vale para el presente, pues el mañana anuncia un mundo urbano; los conceptos —por la velocidad de la vida— parecen estáticos y se vuelven rápidamente engañosos.

En la práctica hay una ampliación continua de un sistema de convivencia, de un estilo, de un mental, que comienza en la raíz cultural del hombre y

CONCEPTO DE LO URBANO Y LO RURAL

17

lo enfrenta a su natural instinto, que al definirse desde siempre como contra-identidad, como cultura y civitas, deja abierta la interrogación del hombre domado, de la convivencia como definición al otro extremo del vértigo, que es el interior del hombre, desde el que se observan el atavismo mágico y el pervivir del instinto; sin duda, basamento del hombre, contradicción y marco de referencia más general, de un mundo que exige lo urbano como mínimo y deja a lo rural como esqueleto de aislados islotes que permanecen dentro de un contexto urbano, residuos en y fuera del hombre de algo superado. Irracionalidad admitida, paisaje que distrae, naturaleza que sirve para el descanso o para la economía, pero nunca más raíz compulsiva y ciega que determina, empuja o detiene. La urbanidad hace ineficaz al amuleto y al rito porque concede el margen matemático de las conductas preestablecidas —y no obstante flexibles—, modelables por la propia mano del que las obedece.

Al desaparecer la contraposición entre ciudad y campo se establece un espíritu de urbanidad que trata de abarcar a toda la sociedad, independiente de las propias ciudades, que tiende a darle cierto carácter a la sociedad en general, fenómeno característico, a mi juicio, de la segunda mitad del siglo XX.

De la dispersión un tanto arbitraria y confusa de la naturaleza, tatuaje que no por invisible deja de prevalecer en el perfil del hombre, surge el establecimiento de otras reglas que son las del hombre artificial: el ciudadano que descubriera Rousseau (como lo sabía Manuel Pedroso) para salvar a la humanidad en un nuevo nivel, la racionalidad, la civitas, que conduce al “buen salvaje” que llevamos dentro al pacto en el que todo se da y todo se recupera, en la dimensión del hombre, especie que para subsistir ante la naturaleza tiene que superarla, conservándola con un agregado de objetivos.

Lo humano es, pues, itinerario y replanteamiento de un diario confrontarse con la naturaleza, sólo que a partir, ahora, de la convivencia, de la urbe, punto final y punto de partida, gozne del ser consciente, orden creativo, historia readmitida, invisible vínculo que preestablece un trato, oferta de mejores posibilidades, alrededor de las cuales crece en el proceso histórico esa siempre personal y sugestiva arquitectura, que se materializa en edificios, puentes, caminos, templos y monumentos, vehículos de expresión de lo humano, trascendidos en lo que los motiva; cáscaras vacías cuando pierden sentido, pues ahí adonde va la convivencia, en el sitio escogido por los humanos para establecer sus vínculos, está lo urbano, centrado en la razón y en

la teleología, asumiendo al instinto, plegándose a los meandros de lo que acontece, edificando a lo largo de los ríos, a orillas de los lagos, de los mares, en las islas y colinas, lugares desde donde el hombre sabe que en el encuentro de los demás está la salvaguardia de su especie y de su estilo. Lo urbano es primero red de conductas, de incentivos y respuestas, tejido de historia y cultura que se repite y se cambia y, después, construcciones materiales que la expresan, la facilitan, la realizan y la someten, como racionalidad recuperada, naturaleza que se incorpora para cumplir fines dentro de un pacto que retoma lo urbano, que estaba escondido tras de los mitos, desde el origen. Impulso de convivencia que hace posible el futuro.

La voluntad general —Rousseau— viene a ser la ciudad invisible, urbanidad adelantada: transportes, edificios, calles, acueductos, plazas, que para realizarse suponen un estar de acuerdo, un previo aceptar las normas de la vida en común. Sólo pactando la convivencia se puede alcanzar la ciudad, objetivo que lleva al hombre a la necesidad de recrearse, de encontrar sucesivamente nuevos modos de ser, pues la realidad puede, ya como edificación o segunda naturaleza, distorsionar también a la razón misma.

La urbe es fin que debe admitir una irracionalidad más aguda, la del instinto —otro nombre para la naturaleza—, en una múltiple confrontación cotidiana. Así estamos con dos naturalezas autónomas que arrinconan al hombre, otra vez. La que fue marca de superación del ser humano —*zoom*—, y la que éste hace a imagen de sus apetitos de orden y organización, consecuencias de su mundo de relación, y que busca imponérsele también, como lo hiciera la otra, desde fuera y desde dentro.

Queda, pues, para salvar el conflicto al parecer insoluble, llegar a un nuevo pacto social pos-urbano o neourbano; ir a un nuevo trato que supone otro tipo de hombre, otros fines que adelanten por sobre lo bueno y lo malo de la historia y la cultura, para crear un sistema conceptual distinto, un nuevo mundo de relación y con éste algo diferente a lo que se considera urbano hasta hoy, pero que lo supone y lo supera, como convivencia equitativa que no sacrifica al universo rural del que se alimentan la ciudad y sus beneficiarios, crecidos a costa de todos, como una enajenación final y laberíntica de las demás enajenaciones que la rodean.

De la megalópolis del crimen y la lucha de grupos y estratos sociales al cordón o contexto urbano universal de justicia individual y social, paradoja dispuesta a disolverse en la admisión de los contra-

rios y de su sobrevivencia en una síntesis que forme un nuevo origen, quizá otra naturaleza humana —nunca inmutable— que ordene y admita en su horizonte a la sociedad de masas, integrada en una convivencia que no destruya y que sea el inicio de otra etapa de la historia, no suma mecánica y artificial de individuos sino comunidad de hombres con destino y fines conscientes dentro del marco de referencia material que los auspicie.